

PREOCUPANTE CONSECUENCIA DEL DIÁLOGO

Jean Daniélou S.J. (1905 - 1974) fue un jesuita y cardenal francés. Uno de los teólogos más importantes del Concilio Vaticano II, además de renovar el interés por la Patrística. Entre sus obras destacan: *Los manuscritos del Mar Muerto y los orígenes del cristianismo*; *Trilogía de la salvación*; *En torno al misterio de Cristo*.

En el año 1968, el cardenal Danielou, escribe un pequeño libro titulado *El futuro de la religión*. Se trata de una reflexión impresionante y práctica donde se plantea con sinceridad y valentía la crisis de la religión en el mundo de la civilización técnica: “*Lo único que se trata de poner en claro, dice el purpurado, es si dentro de los próximos diez años la concepción atea del mundo, fundada en Marx y Freud, habrá pasado a constituir la base de una nueva cultura o si la concepción bíblica del hombre, que ve en él a una persona espiritual, cuya existencia va más allá de la muerte, seguirá siendo el fundamento de la civilización*”.

En este tiempo de la pos-verdad leemos con atención una de las páginas del cardenal que nos hace reflexionar sobre ese mantra que repetimos mil veces y que nos invita repetidamente a dialogar. Como si hablando solamente se resolvieran todos los problemas ocultando o marginando la verdad. Entremos en su pensamiento:

“Una tercera dificultad en este mundo de hoy es una consecuencia del diálogo. Hemos dicho todo lo que éste tenía de positivo. Pero muy fácilmente puede degenerar en lo que Pablo VI ha llamado el falso pluralismo, el falso irenismo, es decir, la concepción que pone todo en el mismo plano. Lo que está amenazado entonces es el sentido de la verdad. Y al final daría lo mismo ser católico que protestante, judío que musulmán, hinduista que budista. Pero esto, partiendo de una vasta indiferencia a la existencia de una verdad. Por eso -y es esencial- el ecumenismo a todos los niveles de la palabra debe consistir, por una parte, en una actitud fraterna y en un intercambio que consiste en darnos los unos a los otros todo lo que tenemos que darnos. Pero hay puntos en los que no se trata simplemente de complementariedad, sino en los que está comprometido lo absoluto de la verdad. La unidad solamente podrá ser completa en la profesión de una fe común. Son terrenos en los que las divergencias no se resuelven por el compromiso o por el regateo. Porque, finalmente, le va en ello la vida. Hoy existe el gran peligro de dar más importancia a la sinceridad que a la verdad, a lo que es el hombre que a lo que éste profesa. Poco importa, se dirá, que un hombre sea comunista, cristiano o musulmán, con tal que sea un hombre sincero.

Un hombre siempre es respetable, pero ello no es razón para que sus ideas lo sean. Hay una gran confusión entre el respeto del hombre y la adhesión a las convicciones. Podría haber nazis completamente sinceros. Yo no tengo derecho a sospechar de su sinceridad; tengo el deber de detestar sus ideas. Yo puedo respetar profundamente la sinceridad de tal militante comunista. Debo, sin embargo, combatir con todas mis fuerzas las ideas que yo sé que son nefastas. Lo que se debate aquí es una de las cosas más esenciales del hombre: la inteligencia y su aptitud para conocer la verdad. Sería envilecer su dignidad el limitarla a resolver problemas prácticos y a procurar satisfacciones culturales. Dios la ha hecho capaz de conocer la realidad última de las cosas. Y la verdad es eso”.

El pensamiento del cardenal Danielou rebosa de optimismo y esperanza: “... *la fe en Dios puede dar alma a la civilización técnica y no existe ninguna razón para que bajo las formas nuevas que debieran expresarla, esta fe no realice, en el mundo de mañana, un papel análogo al que realizó en otros tipos de civilización...*”.